

LUNDBERG (George A.): *The Natural Science Trend in Sociology*, en «The American Journal of Sociology», volumen LXI, noviembre 1955, núm. 3 (págs. 191-202).

La escuela dominante de la Sociología contemporánea, por lo menos en América —ha dicho el profesor Timasheff—, es la neopositivista. Igual cree el autor del presente artículo, cuyo objetivo aquí es aclarar la confusión existente en la caracterización de las diferentes «escuelas» de teoría sociológica. Para Timasheff los ingredientes del neopositivismo son: 1), la cuantificación; 2), el *behaviorismo* moderado, y 3), una filosofía pragmática que niega la posibilidad de conocer nada más allá de las impresiones sensitivas.

Para los neopositivistas, dice Lundberg, la cuantificación es sólo un modo particular de observación, registro y manipulación de los datos; la cuantificación no es característica intrínseca de unos fenómenos y no de otros. Además, la corroboración y la generalización son esenciales en la ciencia y son siempre cuantitativas, ya que implican número de observaciones, al igual que el concepto de probabilidad, y es de este modo como se enuncian leyes empíricas. En suma, la cuantificación es sólo una manera de expresar grados de cualidades y relaciones.

En lo que respecta al behaviorismo, es preciso recordar que Watson escribió: «Recalquemos inmediatamente que *decir es hacer* (conducirse, observar una conducta). Hablar abiertamente o a nosotros mismos (pensar) es un tipo de conducta tan objetiva como pueda serlo el jugar a la pelota base.» No se ignora, pues, la vida «mental» del hombre. El neopositivismo reconoce los fenómenos «mentales» como conducta verbal, pero no mantiene que el conocimiento de ellos sea imposible de comunicar. Se trata sólo de un problema tecnológico, cuya solución está más próxima gracias a los avances hechos en la última década. Los neopositivistas están de acuerdo en que es insostenible todo método de las Ciencias Sociales en que no se provea a la inclusión de datos simbólicos y verbales («mentales») y a todo otro fenómeno verificable que influya en la conducta humana.

Si se abandona el término de neoposi-

tivismo y se adopta el de enfoque de las Ciencias Naturales se puede ver cómo existe convergencia entre las obras de Parsons y Bales y Stouffer. También entre las formulaciones sobre la motivación de Parsons y Shils y las de Merton. Igualmente entre la obra de Merton y la de Lazarsfeld. Por último, Lundberg y Dodd encuentran las formulaciones de Lazarsfeld y Stouffer no sólo aceptables, sino ejemplares de este nuevo enfoque.

Incluso más, esta convergencia ha sido percibida últimamente por el P. Furfey, sociólogo católico que se ocupa de manera no dogmática y tentativa de los postulados supraempíricos. «El docente católico, dice Furfey, debería ciertamente inculcar los principios católicos en la clase de Sociología, pero sólo como función adicional que rebasa sus funciones como sociólogo...» «Es posible, sigue, desarrollar la sociología como una ciencia puramente natural.» Si bien luego rechaza este enfoque, o mejor cuenta otro *preferible*, ello lo hace en base a un criterio utilitario, a que cree que otro enfoque es más ventajoso. Ha llegado el momento en que no hay más justificación para reconocer una Sociología Católica que para reconocer una Física Católica.—SALUSTIANO DEL CAMPO.

MARX (Fritz Morstein): *Freiheit und Bürokratie. Zur Natur des Amtsschimmels*, en «Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie», XLII/3, 1956, (páginas 351-382).

No hay duda que el tema de las relaciones entre libertad y burocracia tiene un carácter polémico, particularmente porque se ha entendido que el aumento de la burocracia era el correlato de una pérdida de la libertad. Según este criterio, en la oposición individuo-Estado, la burocracia suponía el triunfo de la estatalización y, por consiguiente, la reducción al máximo de la esfera de acción del individuo. Se ha tardado bastante en pensar que la burocracia podía adquirir un sentido distinto, de manera que fuese la organización de la libertad, y la organización de la libertad implicase, a su vez, la lenta pero continua expansión de ésta en el seno de las sociedades democráticas. De este modo, entre el concepto de libertad y el concepto de burocracia se introducía un

nuevo concepto que implicaba una nueva valoración, el concepto de orden: la burocracia como orden de la libertad.

Desde luego procede del liberalismo la idea de la oposición entre el individuo y el Estado, y, de acuerdo con este criterio, el funcionario, órgano de la burocracia, estaba al servicio del individuo desde el Estado. Fué la valoración contraria, que el funcionario estaba al servicio del Estado, la que en cierta medida actuó en contra del liberalismo tal y como lo entendía el hombre de la calle. Max Weber ha precisado el progreso del Estado según progresa su organización burocrática, y cómo este proceso, que sirve durante algún tiempo al individualismo, después se convierte en una fuerza contraria a él. Hoy estamos ante otras preocupaciones y problemas. No se ve tan clara la oposición individuo-Estado, aún más, empieza a verse al Estado en un proceso de disolución dentro de los esquemas administrativos burocráticos. Lo que ocurre en esta fase es que las grandes organizaciones burocráticas entran en una autonomía a la que se pudiera llamar abstracta, dentro de cuya autonomía el funcionario obedece a un complicado sistema, respecto del cual el individuo pierde entidad. El problema sería, pues, la posible pérdida de entidad de la persona en cuanto individuo político y social y frente a una maquinaria abstracta que en su proceso va, por así decirlo, abstrayendo la libertad. De aquí muchos de los temores modernos y el convencimiento por parte de muchos autores de que estamos ante una legitimidad por el orden que lleva consigo una cierta ausencia de formalidad, ya que la organización tiende en su autonomía a convertirse en informe. El problema se queda, pues, reducido a evitar que la burocracia se estructure como un orden de actividad ajeno al proceso de la libertad que pretende, en el mundo democrático, proteger.—E. T. G.

PETZALL (Ake): *La responsabilité individuelle et la société*, en «Revue Internationale de Philosophie», 39, 1957, 1 (págs. 88-99).

Los hechos sociales decisivos para el problema de la responsabilidad se dejan captar desde estas tesis: 1.^a La sociedad tiende a normas de validez general. 2.^a La sociedad tiende a institucio-

nes permanentes. 3.^a La sociedad tiende a una autoridad indiscutible.

Desde estos puntos de vista puede formarse un esquema de la responsabilidad individual.

Del hecho de la elemental relación entre individuo y sociedad surge un sentido de la responsabilidad, entendida en el hecho de la aceptación de las responsabilidades previstas y de las situaciones eventuales a que pueda llegarse, aun sin poderlas especificar. Estas aceptaciones vienen luego reguladas por normas naturales, morales, legales y convencionales, que dan lugar a una primera clase de responsabilidad individual. Insiste el autor que es elemental comprender que las leyes vienen fundadas en el hecho primario de la aceptación personal de la responsabilidad individual.

La tendencia hacia instituciones permanentes y la responsabilidad individual en situaciones caracterizadas por la colaboración entre individuo e institución, es una simplificación de una problemática muy compleja, analizadas extensamente por Gurvitch. Pues los individuos se relacionan con las instituciones mediante el uso de la libertad individual, y desde dentro de ellas mismas. La relación primaria entre individuo e institución es, por tanto, la comunidad de responsabilidad. La responsabilidad del individuo sólo puede venir representada, por tanto, por aquellas instituciones de que el individuo mismo se sienta solidario, y precisamente también una institución vive porque se ha hecho necesaria al individuo. Mas la reciprocidad de la responsabilidad nacida de esta vinculación no impide que, a fin de cuentas, el verdadero e indiscutible responsable venga a ser el individuo, como fundante de la unidad institucional y parte individual de la misma.

La realidad vital en que se sumerge mi actividad emanan de mí mismo como punto de partida. No hay autoridad ni fuerza que puedan suprimir esta reacción primaria de responsabilidad. Esta reacción se compone, en parte, de la capacidad de prever las consecuencias de una actividad. Pues la capacidad de prever las consecuencias es ya, para el ser razonable, un escoger las consecuencias.

El arte de escoger las consecuencias requiere una previa educación y una técnica. Hay universalmente una educación mutua tendente a establecer el orden de